

hostilidad y se miraran como si fueran forasteras.

Con la alegría de los primeros momentos del encuentro, los jóvenes amigos relatáronse todas sus pasadas aventuras y su buena estrella y el conde contó á su vez la historia de su proyectado matrimonio, con una joven señorita que él nunca había visto, pero de cuyos encantos le habían hecho las más arrebatadoras descripciones.

Como debían ir en la misma dirección, acordaron hacer juntos el resto de la jornada, y para hacerla con más cachaza, salieron temprano de Wurtzburg, dando el conde instrucciones á sus criados para que les siguieran y alcanzaran.

Engañaban el tedio del camino relatándose sus escenas militares y sus aventuras. El conde se hacía algunas veces un poco pesado, contando los reputados encantos de su novia y la felicidad que á él le esperaba.

De esta manera habían entrado entre las montañas del Odenwald, y estaban atravesando uno de los caminos más solitarios y más poblados de árboles. Es sabido que los bosques de la Germania han estado siempre infestados de salteadores, como sus castillos de espectros. Principalmente de los primeros, procedentes de la soldadesca, rondaban en aquella época, por toda aquella comarca. No es extraño, pues, que una cuadrilla de aquellos vagamundos atacara en medio del bosque á los dos jóvenes viajeros. Ambos se defendieron con bravura, y cuando casi eran vencidos, el acompañamiento del conde llegó en su ayuda. A su vista huyeron los ladrones, pero el conde había sido herido mortalmente. Pausadamente y con cuidado fué trasladado á la ciudad de Wurtzburg. Llamaron á un fraile de un convento vecino que tenía fama de bien cuidar el alma y el cuerpo. Pero la mitad de su arte fué innecesaria; los momentos del infortunado conde fueron pocos.

Con los últimos soplos de vida rogó encarecidamente á su amigo para que al momento se encaminara hacia al castillo de Landshort, á fin de que explicara la fatal causa que le impedía cumplir su promesa. No era uno de los más

ardientes enamorados, pero uno de los hombres más pundonorosos. Parecía seriamente deseoso de que su encargo fuera al momento y en formas caballerescas ejecutado. «Si así no se hace, dijo el moribundo, no dormiré tranquilo en mi tumba.» Y repitió esta súplica con peculiar solemnidad. Una petición en momentos tan solemnes, no admite réplica. Starkenfaust procuró calmarle para que se tranquilizara, prometiéndole fielmente que ejecutaría su deseo, dándole su mano en señal de promesa solemne. El moribundo estrechósele agradecido, y pronto el delirio se apoderó de él. Todo su desvario consistía en su novia, sus promesas, su palabra empeñada, en el caballo que debía conducirle en el castillo de Landshort. Expiró imaginado que daba vueltas en la silla de su caballo.

Un suspiro y una lágrima de soldado otorgó Starkenfaust á la prematura muerte de su camarada. Entonces consideró la difícil misión de que se había hecho cargo. Su corazón estaba pesaroso; su entendimiento perplejo. Nada menos que había de presentarse como huésped no convidado entre una reunión hostil, y debía aguardar la fiesta con fatales noticias para sus esperanzas. Sin embargo; sentía en su corazón cosquilleos de curiosidad para ver la tan decantada belleza de Katzenellenbogen, con tanta precaución ocultada á las miradas del mundo. Él, además, era un apasionado admirador del sexo bello, y en su carácter hallábase mezclada la excentricidad y la audacia, lo que hacía que todo le pareciera terreno abonado para alguna original aventura.

Antes de partir arregló con la santa hermandad del convento todo lo concerniente á los funerales de su amigo que fué enterrado en la catedral de Wurtzburg, cerca de alguno de sus parientes ilustres, y la comitiva mortuoria hizose cargo de los restos del conde.

Ya es tiempo de que retornamos á ocuparnos de la antigua familia de Katzenellenbogen. Encontrábase ésta impaciente esperando al novio, pero más lo estaba por el banquete. El digno y pequeño barón hallábase todavía paseándose en la torre de guardia.

*Traducción directa de V.*